

sándose unos con el padre Lothringer, otros con el padre Lambert. Entre estos últimos se contaba Gensonné, el cual, después de haberse confesado, se cortó un rizo del cabello y dijo al sacerdote: «Padre mío, acabáis de prestarme un servicio inmenso; una gracia más os pido, que llevéis de mi parte este rizo á mi mujer; la señora de Brissot, que está en Versalles, os dará las señas de su domicilio; decidle todo lo que se puede decir en situación tan terrible.»

Sonó la hora señalada por Tinville para la partida. En tres carros se acomodó á los reos, rapada la cabeza, atadas las manos, los brazos en manga de camisa y la túnica atada al cuello. Detrás, y en un carro más pequeño, iba el cadáver de Valazé, en posición supina y descubierto el rostro. A pesar de la lluvia, muchedumbre inmensa, como no se había visto semejante en ninguna ejecución, llenaba malecones, puentes, plazas y calles. Las ventanas eran ramilletes de cabezas; los árboles y los postes, racimos de niños ó de adultos. Un viejo campesino se vanagloriaba más tarde de haber andado cuatro leguas á pie, para presenciar la muerte de *los malvados que habían llevado á su rey al cadalso*; y el ciudadano Filiard, individuo de una sección, declaró al día siguiente que había faltado á su deber por *el placer de ver cortar las cabezas de los diputados conspiradores*. Ya por un motivo, ya por otro, casi á todo París sacó de su casa la curiosidad de ver, por vez postrera, á varones tan afamados un día y cuyo talento y elocuencia habían sido universalmente admirados. En todo el tránsito, ensordecedoras voces gritaban: ¡Viva la República! ¡Abajo los traidores! Firmes y serenas marchaban las víctimas, excepto Carra, que iba como alelado. Brissot y Fauchet parecían sumidos en meditación profunda; los demás, hasta el infeliz Boilleau, tan débil durante el proceso, paseaban sobre la muchedumbre miradas en las que se leía el desprecio, la indignación y el valor. A los miserables que gritaban ¡Viva la República!, respondían «¡Viva la República!, pero vosotros no la tendreis.» Duchatel, cuyo joven y varonil semblante respiraba intrépida arrogancia, lanzó á sus insultadores esta frase de despreciativa piedad: *Pobres parisienses, que os dejamos en manos de los que os harán pagar caro el placer de hoy.*

Una hora tardó el fúnebre cortejo en recorrer el trayecto de la Conserjería á la plaza de la Constitución. Se colocó á los condenados delante de la guillotina. En el último carro venían Boyer-Fonfrede y Ducos, quienes al bajar se abrazaron, ejemplo que imitaron los demás. Esta conmovedora escena, en vez de enternecer á los espectadores, que llenaban la plaza y los Campos Eliseos, les enfureció más y más, resonando con mayor estrépito el grito ¡Abajo los traidores! El primero que subió al cadalso, sin duda por razón de su mayor edad, fué Sillery, que se condujo ahora, sobre la fatal plataforma ante el verdugo, como se había conducido la vispera en el tribunal ante Tinville: saludó á los espectadores, á derecha é izquierda, con la misma naturalidad que si hubiese estado en un salón. Los reos esperaban su turno al pie de la guillotina cantando la estrofa: *Antes la muerte que la*

*esclavitud es la divisa de los franceses*. La mayor parte de ellos, á medida que subían al cadalso, dirigían al público palabras que el ruido y clamoreo no dejaban oír. Cuéntase de Ducos que, conservando hasta el fin su carácter alegre, dijo en el instante de cojerle los ejecutores: *Hora es ya de que la Convención decreta la inviolabilidad de las cabezas*. Al revés, Fauchet se hallaba en tal situación de abatimiento y postración, que fué menester subirle al cadalso. Cuando Vergniaud apareció sobre la plataforma, estalló un redoble de tambores. ¡Terrible coincidencia! Los verdugos ahogaron su voz de la misma manera que había sido ahogada la de Luis XVI. Acabada la ejecución, que había durado media hora, miles de sombreros volaron por los aires y gritos mil veces repetidos ¡Viva la República! oyéronse durante más de diez minutos. ¡Maldito fanatismo, que así huella el sentimiento de humanidad tornando fieras á los hombre!

El martirologio de la Gironda no había concluído. A los nombres de los ajusticiados el treinta y uno de Octubre, añadiéronse en breve los de otros muchos, de los cuales unos comparecieron ante el Tribunal revolucionario; otros, los puestos fuera de la ley, fueron ejecutados sin proceso, y no pocos se ejecutaron ellos á sí mismos.

Por amistad con los girondinos y, sobre todo, por haber publicado un folleto enalteciendo á la heroína de Caen, Carlota Corday, á la que proponía levantar una estatua con la inscripción: «MÁS GRANDE QUE BRUTO», fué enviada á la guillotina Adam Lux, joven de veinticinco años, el cuatro de Noviembre. Dos días después, comparecieron ante el tribunal el general Coustard, diputado por el Loira Inferior, y Felipe Igualdad, duque de Orleans, girondino aquel y acusado éste, sin serlo, del mismo delito, de conspirar contra la República una á indivisible. Felipe había sido traído de Marsella y encerrado el seis de Octubre en la Conserjería, donde pasó los días sin preocuparse de la suerte que le aguardaba, comiendo bien, durmiendo mejor y sin hablar nunca de política. En vano se esforzó su defensor Voidel en salvarle; él y Coustard fueron condenados y llevados al día siguiente al cadalso. Ninguna emoción sombreó el semblante del Duque; se le vió en todo el trayecto erguida la cabeza, sereno el semblante y dirigiendo al público miradas de desprecio; ni la vista de su palacio, en cuyo frontispicio leyó el letrero *Propiedad nacional*, pareció conmoverle; subió con paso firme las fúnebre gradas, y entregó con valor su cuello al verdugo.

Tocó ahora el turno á madame Roland, que había sido trasladada también á la Conserjería. Bien que no se hallase ya en la flor de la edad y que sus desgracias y larga prisión hubiesen impreso en su rostro marcado tinte de melancolía, que templaba su natural vivacidad, prestábanle todavía singulares encantos la elegancia de su talle, la delicadeza de sus facciones y sus grandes ojos negros, llenos de expresión y de dulzura. Desde que comenzó el proceso de los girondinos comprendió que no tardaría en seguirles, y pensó en evitar el cadalso por una muerte voluntaria, con lo que habría evitado también la confis-

cación y salvado para su hija los pocos bienes que le quedaban. Bajo el influjo de esta idea escribió sus «*Últimos pensamientos*», en donde expone las razones que le mueven á suicidarse y dirige conmovedores adioses á su marido, á su hija y á sus amigos, concluyendo con esta invocación religiosa: «Sér Supremo, alma del mundo, principio de lo que siento de grande, de bueno, de dichoso; Tú, en cuya existencia creo, porque es necesario que yo proceda de algo mejor que lo que en torno veo, voy á reunirme á Tu Esencial.» Para realizar este propósito, escribió á un su amigo, Bosc por nombre, pidiéndole una sustancia venenosa. No fué complacida. Sabio modesto, de alma elevada y fuerte. Bosc la disuadió de suicidarse, y no por motivos religiosos, que los hombres de aquel tiempo, aun creyendo en Dios y en la inmortalidad del alma, tenían, en general, sobre el suicidio las ideas de los antiguos griegos más bien que las de los cristianos, quienes pensamos, y con razón, que el hombre no tiene derecho á quitarse lo que él no se ha dado. El interés de la patria, una muerte republicana á la luz del sol, un ejemplo solemne que ofrecer al mundo, hubieron de ser los argumentos que le expusiera Bosc en la contestación, que se ha perdido y á la que replicó madama Roland el veintiséis de Octubre. En esta réplica muéstrase vacilante; mas no tardó en decidirse: optó por esperar la muerte. De su vida en la Conserjería, un realista, que luego desempeñó altos cargos bajo el imperio y la Restauración, el donde Beugnot, preso también allí, nos ha dejado una relación conmovedora. Metíase indistintamente en aquella cárcel á malhechores y á políticos, y por esto, ladronas y mujeres de vida airada que pasaban los días y las noches riñendo y desgarrándose, ocupaban las celdas contiguas á la de madame Roland, la cual adquirió sobre aquellas desgraciadas un imperio inconcebible. «Cuando bajaba al patio, dice Beugnot, su presencia imponía el orden, siendo de ver cómo aquellas mujeres indisciplinables, rebeldes á todo poder, se contenían y moderaban por temor de disgustarla. Distribuía á las más necesitadas socorros pecuniarios; á todas, consejos, consuelos y esperanzas. Apañábanse las infelices en torno de su protectora como en torno de una deidad tutelar, ávidas de oír su voz, que sonaba como una música y les penetraba en lo íntimo del alma.» En la reja hablaba con la libertad y el valor de un gran estadista, y este lenguaje republicano, en labios de una hermosa mujer cuyo cadalso se preparaba, era uno de los milagros de la Revolución á los que no se estaba acostumbrado. Pero, de vez en cuando, el sexo recobraba su imperio, notándose en sus ojos señales de haber llorado al recuerdo de su hija y de su marido. La mujer que la servía contaba un día á un prisionero: «Delante de vosotros reúne todas sus fuerzas; pero en su cuarto, se pasa á veces tres horas llorando, apoyada sobre la ventana.»

El diez de Noviembre fué llamada ante el Tribunal revolucionario. Al verla salir de su celda vestida de blanco, con su hermosa cabellera negra flotando sobre la espalda, la sonrisa en los labios, brillante su gracioso rostro de fresca y de vida, todas aquellas

mujeres se precipitaron á su paso para besarle las manos, sollozando y encomendándola á Dios. «Las respondió con afectuosa bondad, invitándolas á la paz, al valor y á la esperanza.» Ni la más leve alteración se notó en su semblante al entrar en el Tribunal; paseó sus miradas sobre todo lo que la rodeaba, con tal dulzura en los ojos, que se la hubiese creído extraña á los sucesos que se iban á desarrollar. «Hubiese enternecido los corazones más feroces, dice Riouffe; pero aquellos monstruos no lo tenían.» No se la dejó hablar siquiera, y se la declaró convicta de coautora ó cómplice «de una horrible conspiración contra la unidad é indivisibilidad de la República.» Al oír la sentencia, dijo serena á los jueces: «Me juzgáis digna de compartir la suerte de los grandes varones que habéis asesinado; yo trataré de llevar al cadalso el valor que ellos han mostrado.» Cuando volvió á entrar en la Conserjería, imitó con la mano hiriendo sobre el cuello el juego del hacha revolucionaria, dando á entender así á los que la rodeaban la índole del juicio pronunciado contra ella. Se le dió por compañero de suplicio al infeliz y apocado Lamarque, condenado también por conspirador, á quien ella fué consolando y fortaleciendo durante el fúnebre trayecto, é hizo subir primero al cadalso, para abrirle el suplicio. Cuando ella subió á su vez, se posaron sus ojos sobre una estatua colosal de la Libertad, en yeso, que habían levantado en la plaza para la fiesta del diez de Agosto: «¡Libertad, exclamó, qué de crímenes se cometen en tu nombre!» Según otros, habría dicho «¡Oh, Libertad, cómo se te escarnece!» Así murió una de las más nobles mujeres que han aparecido en la Historia. No salvó madame Roland la libertad; pero murió gloriosamente por ella, dejando á la posteridad un inmortal ejemplo de grandeza y de virtud republicana. Nada se encuentra superior á ella entre los antiguos, que se nos propone siempre como modelos. Un sagaz historiador, Lemontey, dice de ella: «Fué el carácter más fuerte y más verdadero de la Revolución francesa.» Homenaje más brillante todavía la ha tributado un enemigo suyo, un jurado del Tribunal revolucionario, Antonelle: «Era, dijo, la más seductora de las mujeres y el más grande de los hombres.»

Séanos lícito interrumpir por un instante la lista de los girondinos, para hablar del proceso, comenzado al día siguiente del de madame Roland, de uno de los varones que gozaron de mayor popularidad en los primeros años de la Revolución y que luego desapareció de la escena política, el ex-Alcalde de París, el ex-Presidente de la Constituyente, el docto y venerable Bailly, acusado de haber favorecido en Junio del noventa y uno la fuga de Luis XVI y de Antonieta, y, sobre todo, del fusilamiento en el Campo de Marte y de la desgraciada refriega del diez y siete de Julio. Estos dos últimos hechos habían dejado en el pueblo hondos resentimientos, que ahora revivieron con furioso encono. Nada menos fundado, sin embargo, que esta acusación. La verdad es que ni Bailly ni Lafayette habían dado orden de disparar sobre el pueblo, y que si Bailly aceptó la responsabilidad de aquellos desgraciados accidentes de los que no había sido causante,

fué parte por debilidad parte por generosidad mal entendida. Se le condenó, claro está y con la circunstancia de que la ejecución se efectuaría en la explanada que media entre el Campo de Marte y el Sena, teatro de lo que se llamaba su crimen, y que la bandera roja que había hecho desplegar antes de apelar á las medidas de rigor, se ataría al carro que le llevase y se quemaría en el mismo lugar del suplicio. Bailly, sin inmutarse, dijo á los jueces al oír la sentencia: Siempre hice cumplir la ley; ahora sabré someterme á ella, puesto que vosotros sois sus órganos.» No preveía el pobre la agonía que le preparaban sus verdugos. El camino de la Conserjería al Campo de Marte fué una larga vía dolorosa. De pie, atadas las manos á la espalda, azotado por una lluvia fina y persistente, aquel hombre respetable soportó con heroísmo durante dos horas los insultos de un populacho ebrio de venganza, que le escupió á la cara, le arrojó piedras y lodo, le flageló el rostro con la bandera que arrancara de la carrera y empapara en fango. Tales y tantos fueron los ultrajes y golpes, que cuando llegó al Campo de Marte no había quien le conociese; estaba completamente desfigurado. Y sin embargo, faltaba bastante aún para llegar al fin. Se para la procesión, se ordena á Bailly bajar del carro, se le hace dar la vuelta á pie á la inmensa plaza, y cuando el infeliz creyó que iba á morir y descansar, furiosas bandas de gente apostada salen gritando que el Campo de la Federación no puede ser manchado con la sangre de aquel atroz criminal, y fuerzan á los verdugos á desbaratar el cadalso y transportarlo á la orilla del Sena, al foso, verdadero de basura, que corría á lo largo del talud, obligando á Bailly, al venerable anciano, á llevar sobre sus hombros, cual otro Jesús, los maderos del instrumento del suplicio. Y como Jesús, sucumbe á esta prueba, cae al suelo rendido, agobiado al peso de carga y perdido completamente el sentido. Repuesto y vuelto en sí, pudo observar en todos los semblantes lo alegría que sus dolores causaban. Largo rato esperó de pie á que levantasen de nuevo el cadalso; la lluvia glacial continuaba, así como los gritos y los ultrajes; Bailly era presa de un temblor nervioso que agitaba todo su cuerpo.—¿Tie nblas, Bailly,—le preguntó uno de los que más le insultaban.—Amigo mío,—respondió sonriendo el ex Alcalde de París,—es de frío.» Otra frase pronunció, que importa consignar: «Muero por la sesión del Juego de pelota, dijo; no por las jornadas del Campo de Marte:» frase memorable, con la que expresaba Bailly su convencimiento de que los enemigos de la Revolución contribuían con todas sus fuerzas á llevarla á los últimos extremos para deshonrarla y perderla. A los que más detestaban los contrarrevolucionarios era á los políticos del ochenta y nueve, á los que habían humillado á la monarquía y eran capaces de fundar una situación estable, y de aquí el haberse creído, con razón, que los miserables que prolongaron la agonía de Bailly fueron pagados por otras manos que las de los jacobinos.

Y volvemos al martirologio de los girondinos. Del cuatro de Diciembre del noventa y tres al quince de Marzo del noventa y cuatro, Kersain, Noël, Lebrun, exministro de Ne-

gocios Extranjeros, y Madruyer, fueron enviados al cadalso por el tribunal revolucionario de París; Grangeneuve, por la comisión militar de Bordeus, el veintiuno de Diciembre del noventa y tres. Los diputados proscritos, puestos fuera de la ley, eran ejecutados donde se los capturaba, sin otra formalidad que la de identificar su persona. En París fueron guillotizados Cussy, diputado por Calvados, y Rabaut Saint-Etienne; en Bordeus, Izarn de Valady, Salle, Guadet y Barbaroux, los más de éstos con circunstancias y rasgos de valor que no deben quedar en el olvido. Salle y Guadet se hallaban escondidos en Saint-Emilior, en un granero del padre del segundo, donde Salle escribió por cierto la tragedia de Carlota Corday. Llegan de noche los esbirros; registran la casa; nada descubren, y cuando ya se marchaban, uno de ellos, que se había quedado regazado, creyó observar que el granero era por la parte interior más angosto que las paredes exteriores de la casa. Llama á sus compañeros, sondean la pared á culatazos, aplican á ella el oído y perciben el ruido como de armarse una pistola; en efecto, era la de Salle, que se disponía á matarse ó defenderse. Los esbirros intiman la rendición; la pared se desploma; Salle y Guadet salen arrastrándose, y se entregan á sus perseguidores, que los encadenan y llevan á Burdeus. El diez y nueve de Junio del noventa y cuatro, se les hace comparecer ante la comisión militar, donde ambos causan general admiración por su noble firmeza.—¿Cómo te llamas? pregunta al primero el presidente Lacombe.—Salle, representante del pueblo.—Ex-representante.—No, representante.—Cuando le tocó la vez al otro, dijo.—Soy Guadet. Verdugos, cumplid vuestro deber; id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria! En el instante de la ejecución, Salle se condujo con una sangre fría extraordinaria. La guillotina no regía, y el verdugo no daba con la causa del entorpecimiento. Salle le explica tranquilamente por qué la máquina no funcionaba, y dos minutos después, su cabeza caía rodando por el cadalso. En Saint-Emilior también, estaban escondidos los compañeros de Salle y Guadet, Barbaroux, Buzot y Pétion, los cuales, el mismo día en que aquellos fueron presos, abandonaron de noche la ciudad, en donde indefectiblemente iban á ser descubiertos, llevando por toda provisión un pan, con un pedazo de carne, y un puñado de guisantes verdes. Les sorprendió el alba cerca de la aldea de Castillon: unos vecinos los ven y les siguen como para espiarlos; ellos se alarman y huyen. Pétion y Buzot logran ganar un pequeño bosque de pinos, y desaparecen; Barbaroux, no pudiendo seguirles por su precoz obesidad, se mete en un campo de trigo y se dispara un pistoletazo en el oído derecho. Horriblemente mutilado, pero vivo aún, fué llevado á Burdeus y ejecutado el veinticinco de Junio del noventa y cuatro. Un proscrito hubo, Chambon, que prefirió perecer á darse preso. Habíase refugiado en Lubersac, su país natal, á donde fueron á buscarle los patriotas. Al vérselos delante, arroja sus armas, y, descubriendo su pecho, dice: «Podría vender cara mi vida, pero no quiero derramar la sangre de mis conciudadanos». Distingue entre los patriotas á uno

que le era afecto, y se dirige á él diciéndole: «Que el mejor de mis amigos tire el primero.» Algunos disparos, seguidos de una descarga general, parten de las filas de la multitud, y Chambon cae acribillado de heridas.

Fáltanos hablar de los girondinos que, para escapar á la guillotina, se suicidaron: Lidon, Roland, Clavier, Condorcet, Buzot y Pétion. Lidon, diputado por Corrèze, habíase escondido en una casa de la aldea de Géronia, distrito de Brives. Su propio huésped, administrador del departamento, le denunció. Al verse acometido por los gendarmes, se defendió desesperadamente, hirió á uno de ellos en el oído, y cuando no pudo más, se disparó un pistolazo en la boca. Al enterarse de su muerte, la Sociedad popular de Tulle «colocó las cenizas de Lidon en la urna del desprecio!—En Rouen, donde se hallaba oculto, recibió Roland la noticia de la ejecución de su mujer, á consecuencia de lo cual, á las seis de la tarde del quince de Noviembre, sale de la ciudad, camina durante parte de la noche, llega al pueblecito de Bourg-Beaudoin, distrito de Andely, entra en un bosque inmediato al camino, se apoya en el tronco de un árbol y se atraviesa con la espada. Se le encontró una esquela con las palabras: «Quien quiera que seas el que me encuentres aquí, respeta mis restos; son los de un hombre honrado.» Hubiese podido añadir, dice con razón Henry Martín: «de un varón de gran carácter y de mucho valor.»—Clavier, exministro de contribuciones públicas, arrestado el dos de Junio, al mismo tiempo que su colega Lebrun, recibió el ocho de Diciembre en la Conserjería el acta de acusación, con la lista de los testigos que habian de declarar contra él y á la cabeza de los cuales figuraba Arthur, su enemigo mortal y uno de los individuos más sanguinarios de la Municipalidad de París. Clavière llama á parte á uno de sus compañeros de cautiverio, Riouffe, y le dice: «Estos son asesinos, á cuyo furor quiero sustraerme,» y los dos amigos sostienen una larga discusión sobre los medios de quitarse la vida. Clavière calcula los golpes y la manera más segura de taladrarse el corazón; paseando el cuchillo sobre su pecho, fija el lugar en que debe herirse. Estrecha por última vez la mano de Riouffe, le recuerda aquellos versos de Voltaire: «Los criminales pusilánimes son llevados al suplicio, los mortales generosos disponen de su suerte,» y se retira al primer piso, en el cuarto de los Doce, que era el suyo. Cuando momentos después se entró en la habitación, se le halló exhalando el postrer suspiro. A su lado había un cuchillo, con mango de marfil y guarniciones de plata, teñidas en sangre cinco pulgadas de la hoja.—Apena el alma el ver á Condorcet, el genio que trazara el «Bosquejo de los progresos del espíritu humano», errante por los campos como una fiera, huyendo de los poblados, la cuchilla pendiente sobre su cabeza, por temor de comprometer á la valerosa mujer que arriesgara su vida por salvar la de su huésped. El veintisiete de Marzo, después de haber pasado la noche en el bosque de Verrieres, entra en una venta de Clamart y pide una costilla, que comió con apetito. Un albañil, individuo del comité revolucionario, admirado del contraste que ofrecía el mise-

rable aspecto del forastero con la finura de su camisa y la blancura de sus manos, le pregunta quién es, de dónde viene y á dónde va. Condorcet responde que se llama Pedro Simón, natural de Ribemont, distrito de Saint-Quentin, y que ha sido criado de M. Sejour, ex-consejero del tribunal de impuestos. «Más bien creo, dice el albañil, que tú eres de los que han tenido criados. ¿A ver el pasaporte?» No lo tenía, y por esto la gente de la venta le prende, le lleva ante el Comité de vigilancia de la Municipalidad, y allí se le registra, no encontrándole en los bolsillos más que un Horacio encuadernado en tafilete, que había tomado prestado la víspera á M. Stuard: «un libro de Horacio en latín,» dice el proceso verbal del arresto. Métenle en la cárcel de Burgo de la Reina, cambiado en Burgo de la Igualdad, y al día siguiente por la mañana, cuando van á llevarle un pedazo de pan y un cántaro de agua, le encuentran muerto. Había tomado estramonio combinado con opio, veneno que llevaba siempre consigo y que debía á la previsora solicitud de su amigo Cabanis.—Al día siguiente del suplicio de Barbaroux, veintinueve de Junio del noventa y cuatro, los oficiales municipales del pueblo de Saint Magne, departamento de la Gironda, levantaban dos cadáveres que habian sido descubiertos por la mañana en un campo de avena, «roidos ambos por los gusanos y los perros» y en estado de casi completa descomposición; eran los de Buzot y Pétion, muertos hacía ocho días, habiéndose pegado cada uno un tiro, á ejemplo de su compañero.

Así perecieron los girondinos, aquellos generosos y desinteresados iniciadores de la República, que si tuvieron talento para ilustrar su cuna y abrirla camino, no supieron llevarla á término, y á la que amaron con amor tan entrañable, que la fueron fieles hasta en los instantes de ser por su causa sacrificados. Grandes fueron sus defectos, y puestos de relieve quedan en el curso de este relato; pero todos esos defectos desaparecen eclipsados por el brillo de su saber y de sus virtudes, por sus altos ideales, por su acendrado y nunca superado amor á la patria, por su culto á la libertad individual, por la elevación de sus afectos y la nobleza de su carácter. Por esto, su recuerdo será por siempre sagrado para los amigos de la libertad, así en Francia como en el orbe entero. Los girondinos eran las energías más nobles y más valiosas de la Revolución; eran como su pensamiento, su norte y guía. Desprenderse de ellos valía tanto como decapitar á la República, la cual marchará en adelante á merced del feroz fanatismo de los directores y de los brutales instintos de los dirigidos.

Apartemos un momento la vista de los cadalsos, donde la torva discordia vertía estérilmente la sangre de los ciudadanos más ilustres, y llevémosla á los campos de batalla, donde si se vierte también sangre, es sangre redentora, que hace reverdecir los laureles de la victoria y salva á la patria de la ruina.

En este nuevo campo, la principal cabeza directora es Carnot. Vedle: nada tiene de